SAINETE NUEVO

EL SECRETO DE DOS

MALO ES DE GUARDAR.

PERSONAS.

D. JUAN.
PERICO.
DOÑA FRANCISCA.

Salen Perico y Francisca.

Franc.—Mira, Perico, yo quiero
fiarte una grande empresa,
con tal que guardes secreto:
te pagaré la fineza,
pues te he de hacer un vestido
de los pies á la cabeza.
Peric.—¡Vestido á mí! ¡Vírgen Santa!
¿que será aquesta encomienda? (*Ap.*)
Franc.—Ya sabes que mi marido
á todas horas corteja
á aquella Dama, que vive
junto á la Plaza nueva.
El me destruye la casa,
todo lo gasta con ella,
y á mí me trae desnudita:
y como esto solo fuera,
tal cual podria pasarse;
que además de mil quimeras
que hay todo el dia en la casa,
me maltrata y me desprecia

con razones, y aun con palos,
como si fuese una negra.

Peric.—Todo esto lo sé muy bien:
pero qué es lo que usté ntenta?

Franc.—¿Qué? Ahora lo verás.

Peric.—Reventad esa postema.

Franc.—¿Tú le acompañas de noche,
cuando va á parlar con ella?

Perico.—¿A parlar? y aun á otras cosas
que al discurso se reservan.

Franc.—Cuando te diga que vayas,
está con gran ligereza
con la capa, y puesta al hombro
debajo llevarás puesta
una ropa de mujer,
que á la de ella se parezca.
Yo ya estaré prevenida:
cuando salgas por la puerta
te quitaré á tí la capa,
y el sombrero ó la montera:
yo fingiré que soy tú,
tú quedas tras de la puerta,
y al instante que salgamos
echarás por otra acera,
y adelántate tú al puesto
que ella á mi marido espera;
finge la voz y cariños,
con todas las frioleras
que ellos se suelen hablar
imitando en todo á ella:
yo me fingiré lo mismo
por ver si de esta manera
puedo saber lo que tratan,
y desahogar mis penas.

Peric.—Pues, señora, si él pretende
(lo cual nunca Dios lo quiera)
descubrirme, y lo demás,
¿no estaba mi honra buena?

Franc.—Cuidado no te dé nada,
que yo sabré urdir la tela.

Peric.—Señora, en tu mano sola
mi persona se encomienda;
mas cuenta con mi vestido.

Franc.—De la tela que tú quieras,
y él mismo lo ha de pagar.

Peric.—La tela será de felpa,
y cosido á garrotazos.

Franc.—Calla, que él sale acá afuera
cuenta con lo dicho y vete,

Peric.—Quiera Dios que mi cabeza
aquesta noche se libre,
y que vuelva á casa entera. *Vase.*

Sale don Juan.

Juan.—Mire usted; ¿es hora ya
que usted me ponga la mesa,
y que me dé de cenar?
sin duda que usted espera
que yo me enfade y sobre esto
me haga perder la paciencia:
pues cuidado: mire usted
que ya es mucha desvergüenza.

Franc.—Hombre, ¿pues tú á estas horas
mandas que te den la cena?

Juan.—Sí, señora, sí, señora.

Franc.—Pues si son las ocho y media,
y tú cenas las mas noches
á las doce ó doce y media?

Juan.—Pues ahora me ha dado gana,
sea la hora que quiera:
póngame la mesa al punto,
y no seas bachillera.
Franc.—¡Y que una mujer de bien
sufra aquesta desvergüenza!
Juan.—¿Pues está gruñendo?
¿qué habla?
Vaya, sea usted ligera.
Franc.-Hombre, si aun no está guisado.
Juan.—Por vida que... si no fuera
por ensuciarme las manos,
ya le diria yo á ella
con el modo que me trata:
vaya de ahí la muy puerca:
que no te murieras luego,
y me sacaras de penas.
Franc.—Algun tiempo no habia otra
mujer mejor en tu lengua,
y ahora soy la más mala:
¡quien á mí me lo dijera!
Fiad en palabras de hombre;
al principio dan la muestra
de amorosos y de firmes,
y despues que se hartan de ellas
son las más aborrecidas:
malos lobos que os comieran.
Juan.—Cálleme, y no quiera usted
que le rompa la cabeza;
pues valga el diablo sus tripas,
y su casta toda entera
¿no valiera más, primero
que yo á ella no conociera...
Franc.—Haberte caido muerto.
J.—Pluguiera á Dios que ella fuera.
Franc.—Vaya, callar y callemos,
que yo no quiero quimeras:
si usted quiere ir á paseo,
vaya usted enhorabuena,
que ya estará la madama esperando,
Juan.—¡Ah, mala lengua!
Franc.—Piensa mal y acertarás.
Juan.—¡Y que no te caigas muerta!
¿Ah, Perico?

Sale Perico.

Peric.—¿Señor amo?
Juan.—Trae las capas acá afuera.
Entra Perico por las capas.
porque si estoy mucho aquí
ha de parar en quimera.

Sale Perico.

Peric.—Señor amo, esta es la suya,
que la mia ya está puesta.

Mientras va andando don Juan, hablan aparte doña Francisca y Perico.

Franc.—Cuenta con lo que te he dicho.
Peric.—Baje usted por la escalera
tras de nosotros, que yo
ya me cambiaré á la puerta.

Juan.—¿Vamos, Perico?
Peric.—Ya os sigo.
Dios me la depare buena. *Ap.*

Entranse don Juan delante, Perico despues, y detras doña Francisca, y salen por otra puerta, y al salir toma doña Francisca la capa y el sombrero de Perico, y este se echa la mantilla.

Peric.—Cátate á mi ama macho,
y cata á Perico hembra:
¡miren qué trasformacion!
¡Jesús, y qué petimetra!
No enredarán los demonios
lo que una mujer enreda.
Aquesta noche mi honra
queda rodando en la tierra. *Váse*
Juan.—¿Perico?
Franc.—¿Qué manda usted?
Juan.—¡Has visto cosa como esta?
¿Tú le has dicho algo á tu ama,
que junto á la Plaza nueva
festejo á aquesta madama?
Franc.—Señor, ella se lo piensa,
que yo ya piensa quien soy.
Juan.—Imposible es que no sea
el demonio esta mujer:
todo lo sabe y penetra:
yo no sé quien se lo dice.
Franc.—Señor, ella se lo piensa.
Juan.—A bien que no lo sabrá.
Por aquesta callejuela
podemos tomar ahora,
no sea caso que nos vean
Franc.—Qué nos ha de ver, señor,
si ella en casa ahora se queda.

Entran por una puerta, y salen por otra, y por la contraria Perico.

Peric.—¡Vírgen de la Soledad!
¡qué trasformacion es esta!
¡yo enamorar á mi amo!
mas finjamos, que ya llega.
Oye usted, señor don Juan,
á mujeres de mis prendas
no se hacen estas pasadas;
yo estoy ha mas de hora y media
esperando en este puesto.
Juan.—Dulce y adorada prenda,
dame un abrazo.
Peric.—No quiero.
Juan.—Pues merezca yo siquiera
besar tus manos.
Peric.—Tampoco.
Juan.—Decidme, ¿por qué son esas
esquiveces y desdenes?
la causa saber quisiera.
Peric.—Yo no sé que responderle.
¿Cuánto va que de ver echa
que no soy yo la madama? *ap.*
Juan.—Responde.
Peric.—No quiero, ea.
Juan.—¡Tú tan esquiva conmigo!
descubre esa cara bella.
Peric.—Aun peor está que estaba. *ap.*
¿Se ha visto cosa como esta?
No sois digno de mirarme. *á él*

Juan.—Pues, mi bien, mi dulce prenda,
mi amor, mi gloria, mi hechizo
aunque tú no lo consientas,
he de basarte la mano.
Franc.—¡Se verá tal desvergüenza!
¡Habrá mujer en el mundo,
que le sirva de alcahueta
al marido, como yo!
Juan.—¿Qué novedad es aquesta?
¿por qué traes guantes, mi bien?
Peric.—Los traigos por la serena.
Juan.—Pues quítatelos, que quiero
besar esas manos bellas,
Peric.—¿Bellas? Si tú las miraras, *Ap.*
catorce leguas te fueras.
Juan.—Vamos, no me dés tormento:
Peric.—Este hombre está que revienta,
y no sé qué responderle.
Franc.—Quiero ver el fin que lleva. *Ap.*
Juan.—Ea, vamos á tu casa,
dejémonos de quimeras;
bien sabes que por tí muero,
dueño mio.
Peric.—Peor es esto:
si él embiste, yo me pierdo.
Franc.—Ya no puede mi paciencia
tolerar tan vil infamia:
válgome de esta cautela:
señor, que la ronda viene.
Juan.—Pues quédate tú con ella,
como que estais paseando,
que presto daré la vuelta. *Vase.*
Franc.—Perico, toma la capa
y el sombrero, apriesa, apriesa,
y dame la mantellina,
presto, presto, antes que vuelva.
Peric.—Señora, ya no podia
aguartar con tanta flema.
Señora, cuenta el vestido.
Franc.—Antes que á casa te vuelvas
has de llevar el dinero,
y él lo ha de dar; por mas señas.

Sale don Juan.

Juan.—Ya se fueron.
Franc.—Yo estoy muerta.
Mira cuál por tí me veo
en conflictos y tragedias.
Juan.—Vamos, vamos á tu casa.
Franc.—Sí, queiremos; pero en prendas
me has de dar una palabra.
Juan.—Dí, que haré cuanto tú quieras.
Franc.—Jurar no querer á otra
mas que á mí de todas veras.
Juan.—Juro y rejuro en verdad.
Franc.—¿Será cierto?
Juan.—Sin cautela.
Franc.—¿Me amarás?
Juan.—Firme y constante.
Franc.—¿Siempre firme?
Juan.—Hasta que muera.
Peric.—Ah, señora, mi vestido.
Franc.—Pues por que testigo sea
este criado, has de darle
dinero para que pueda
hacerse un vestido entero

de los pies á la cabeza.

Juan.—Perico, cincuenta pesos
toma aquí en buena moneda.

Peric.—Algo me valió servir
de alcahuete y alcahueta.

Franc.—¿Te mantendrás en lo dicho?

Juan.—Júrolo, hasta que muera.

Franc.—Acércate á este farol,
para que mejor me veas. *Descúbrese.*

Juan.—¡Mujer, mujer ¿qué es aquesto?

Franc.-Qué ha de ser, mi mala lengua.

Juan.—¿Pues cómo puede ser esto?

Fran.—¿Cómo? de aquesta manera.

Quítale á Perico la capa, y pónesela á él la mantilla.

Mira á quien enamoraste.

Juan.—Pues, hija mia, paciencia:
secreto que está entre dos,
fácilmente se revela.
Ahora te quiero mejor,
pues tienes tanta advertencia:
no quiero riñas contigo;
lo que fué, pasado sea;
vamos á casa y pidamos...

Todos.—Perdon de las faltas nuestras

FIN.